

2 SEPTIEMBRE 2018
DOMINGO 22-B



1. CONTEXTO

LEY DE LA ALIANZA Y LEY DE LA PUREZA.

Existen en la Biblia dos líneas transversales importantes que explican muchos comportamientos de entonces y también en la época actual: la ley de la Alianza y la ley de la Pureza. Os ofrezco una síntesis, lo más fiel posible, del apéndice 2º del libro sobre Marcos, de Carlos Bravo. A él os remito por su profundidad y nuevo enfoque sobre el evangelio.

La ley de la Alianza está más en relación con la tradición profético-deuteronomica, más propia del norte; en síntesis dice que lo que protege la vida y la identidad del pueblo es la justicia y el mirar por el que sufre, como Dios lo hizo con Israel en Egipto.

La segunda, la ley de la Pureza, está más en relación con la tradición sacerdotal centralista del sur y pone el acento en la identidad del pueblo en la existencia de condiciones de pureza para el culto. La santidad de Dios es concebida por la primera como la misericordia por la que Dios mira por el que sufre; la segunda la entiende como separación que distancia y excluye. Veamos los rasgos de cada una.

La ley de la Alianza es un conjunto de leyes que regulan la convivencia de los que, mediante ella, son constituidos como pueblo de Dios. Y surge un estatuto de relaciones que posibilita la existencia de condiciones para la igualdad. Condiciones de tipo económico (limitación de

la propiedad, derecho a la tierra familiar, condonación de préstamos); condiciones de tipo político (liderazgo de Yahvé como principio relativizador de todo poder, prescripciones en torno al esclavismo y a la defensa de los derechos del pobre); de tipo religioso (rechazo de la idolatría). El fundamento de esa moral igualitaria es la misericordia liberadora de Yahvé; lo que garantiza la vida del pueblo es la ayuda mutua como exigencia de Yahvé que no quiere nada para sí, sino solo que en la historia se realice su proyecto en favor del hombre.

La síntesis de la lógica de la Alianza podría ser: "Si yo miré por ti cuando sufrías, tú mira por tu hermano que sufre". La gratuidad de la liberación fundamenta la igualdad de los miembros del pueblo, y su misericordia fundamenta las obligaciones de misericordia para con el que sufre. Se pone énfasis en la defensa de los derechos de los esclavos, de los forasteros, de los huérfanos y las viudas y del prójimo en general; el año sabático se prescribe en función del pobre y sus necesidades (Ex 23,11); se insiste en hacer justicia en los juicios. Este Código deuteronomista (Deute-ronomio 12-26) refleja el espíritu del norte, menos cultural, más popular, y choca fuertemente con la mentalidad sacerdotal oficial, que enfatiza más la trascendencia de Yahvé y su santidad inaccesible al hombre.

La reacción sacerdotal. Los sacerdotes de Jerusalén, (el sur) después del exilio, no vieron con buenos ojos la influencia de los levitas del norte y realizan la redacción del Código de Santidad (Levítico 17-25). Su orientación es bien clara: deja de tener relevancia la memoria de la liberación de Egipto para dar paso a la motivación de la santidad.

La ley de Pureza determina las causas de impureza ritual que se dan en torno al origen de la vida (12 y 15), a la lepra (13-14) y a los animales impuros (11); se concluye con el ritual de la expiación (16). La impureza es causa de muerte (Lev 15,31) y es en ella donde se juega el pueblo la vida o la muerte. Yahvé, el alejado, se protege de la "contaminación" del hombre impuro dándole la muerte.

La desigualdad entre el clero y el pueblo no es accidental, sino que es inherente a esa condición de santidad como diferencia y privilegio, como distancia y exclusión, como oposición entre sacro y profano; y es contraria a la dinámica de igualdad del Código de la Alianza; de ello se generará una estructura social desigual en todos los terrenos: económico, político y religioso.

La privilegiada economía sacerdotal se basa en la participación en los sacrificios, limosnas, tributos y multas, y se va ampliando progresivamente, a la vez que aumentan las causas de impureza.

El elemento más negativo es la deformación de la imagen de Yahvé y de las relaciones con su pueblo: el Dios liberador se convierte ahora en la amenaza de su pueblo, cobrándose sus derechos como cualquier poder dominante: todos los israelitas tendrán que pagar el rescate por su vida, amenazada por la presencia de Yahvé en medio de ellos, para que no haya plaga; es una especie

de impuesto, de medio ciclo. El Dios que miraba por los derechos del oprimido no tiene ojos ahora más que para sus propios derechos, amenazados por la existencia misma del hombre impuro en la cercanía de su santuario.

Dos siglos antes de Cristo surge un movimiento laico de protesta contra la impureza que hay en la institución sacerdotal, cuyas leyes de pureza asumen para sí como norma de conducta cotidiana; se trata de los "perusim" (=separados), **los fariseos**. Sus escribas pretenden normalizar hasta los últimos detalles de la vida cotidiana de acuerdo a la "Torá" escrita (los cinco libros del Pentateuco) como medio para asegurar la identidad y la supervivencia del pueblo, haciendo una verdadera religión de la Ley de la Pureza.

Se produce una inflación de la pureza con la **noción del mérito**, que está muy metida en la actitud farisea, implica que se merece una recompensa y que le pertenece por habérsela ganado en base a "las buenas obras". La **multiplicación de mandamientos** (613, de los cuales 248 son prescripciones y 365 son prohibiciones) es cada vez más excluyente del pueblo, incapaz de conocer todo eso. El desprecio de los fariseos respecto a los "amha-arez", el "pueblo maldito que no conoce la Ley" (Jn 7,49) los lleva incluso al boicot económico contra aquellos a quienes consideran impuros, y a la soberbia de quien se siente poseedor de la salvación. **Sacrifican la finalidad de la ley, que es el bien del hombre, en aras de las minucias de la observancia**. Las buenas obras se convierten en seguridad incluso frente a Dios mismo.

(Carlos Bravo Gallardo. Jesús, hombre en conflicto. El relato de Marcos en América Latina. Pgs 51-69. Sal Terrae. Santander 1986)

2. LECTURAS

1ª LECTURA: Deuteronomio 4,1-2.6-8

Habló Moisés al pueblo diciendo:
«Y ahora, Israel, escucha las leyes y prescripciones que te voy a enseñar y ponlas en práctica, para que tengáis vida y entréis a tomar posesión de la tierra que os da el Señor, el Dios de vuestros padres. No añadiréis ni suprimiréis nada de las prescripciones que os doy, sino que guardaréis los mandamientos del Señor, vuestro Dios, tal como yo os los prescribo hoy. Guardadlos y ponedlos por obra, pues ello os hará sabios y sensatos ante los pueblos. Cuando éstos tengan conocimiento de todas estas leyes exclamarán: No hay más que un pueblo sabio y sensato, que es esta gran nación. En efecto, ¿qué nación hay tan grande que tenga dioses tan cercanos a ella como lo está de nosotros el Señor, nuestro Dios, siempre que le invocamos? ¿Qué nación hay tan grande que tenga leyes y mandamientos tan justos como esta ley que yo os propongo hoy?»

En la **primera lectura** nos encontramos con las palabras de Moisés que preparan al pueblo de Israel en la ley para la vida en la tierra que van a poseer. **El tono** de las palabras está cargado de elementos persuasivos. Son una invitación a escuchar la ley y a observar los mandamientos para que puedan vivir y poseer la tierra.

SALMO RESPONSORIAL: SAL 14, 2-5.

R/ Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda?

El que procede honradamente y practica la justicia, el que tiene intenciones leales y no calumnia con la lengua.

El que no hace mal a su prójimo ni difama a su vecino, el que considera despreciable al impío y honra a los que temen al Señor.

El que no retracta lo que juró aun en daño propio, el que no presta dinero a usura ni acepta soborno contra el inocente. El que así obre nunca fallará.

2ª LECTURA: Santiago 1,17-18. 21-27

Mis queridos hermanos: Todo beneficio y todo don perfecto viene de arriba, del Padre de los astros, en el cual no hay fases ni periodos de sombra. Por propia iniciativa, con la Palabra de la verdad, nos engendró, para que seamos como la primicia de sus criaturas. Aceptad dócilmente la palabra que ha sido plantada y es capaz de salvaros. Llevadlo a la práctica y no os limitéis a escucharla, engañándoos a vosotros mismos. La religión pura e intachable a los ojos de Dios Padre es ésta: visitar huérfanos y viudas en sus tribulaciones y no mancharse las manos con este mundo.

La llamada Carta de Santiago, que se nos ofrece durante **cinco domingos**, es un conjunto de exhortaciones, un tanto desordenadas, escritas probablemente por un cristiano de origen judeo-helenístico culto. No necesariamente ha de pensarse que sea alguno de los 'santiagos' conocidos en el NT, dada la frecuencia del nombre entre los judíos.

Los comentaristas suelen hablar de la carta como una especie de tratado o predicación de **"sabiduría cristiana"**

La idea fundamental que nos transmite hoy es que **una fe auténtica lleva consigo una vida coherente con ella**. La Palabra con la que Dios nos interpela, es una palabra operativa, no unos conceptos o teorías. **Crear es comprometerse** en favor de los marginados y oprimidos, es asumir la causa de los empobrecidos que es la causa de Jesús porque **«la verdadera religión** consiste en esto: **ayudar a los huérfanos y a las viudas en sus necesidades y no contaminarse con la corrupción de este mundo»**.

EVANGELIO: MARCOS 7,1-8.14-15.21-23

El texto del evangelio de Marcos nos pone en la línea de las **tradiciones y costumbres** del pueblo de Israel en relación con las leyes de **pureza e impureza** sobre las que el pueblo había construido su experiencia religiosa. Toda la vida estaba marcada, como hemos visto en el **CONTEXTO**, con lo puro y lo impuro. No se podía participar en el culto sin el estado de pureza. Externa, claro está.

1-5 *En aquel tiempo los fariseos y algunos maestros de la ley de Jerusalén se acercaron a Jesús, y vieron que algunos de sus discípulos se ponían a comer con manos impuras, es decir, sin habérselas lavado. Porque los fariseos y todos los judíos, siguiendo la tradición de sus mayores, no se ponen a comer sin haberse lavado cuidadosamente las manos; y si vienen de la plaza, no comen sin haberse lavado; y tienen otras muchas prácticas que observan por tradición, tales como lavar copas, jarros y bandejas. Así que los fariseos y los maestros de la ley preguntaron a Jesús: «¿Por qué tus discípulos no observan la tradición de los mayores, sino que comen con las manos impuras?».*

Los que se reúnen son miembros del **grupo o partido farisaico** y, con ellos o entre ellos, algunos **letrados o doctores**, intérpretes oficiales de la ley. Vienen de Jerusalén, donde el partido fariseo es más fuerte y con la aureola de autoridad que añade la capital. Se muestran inquietos porque los discípulos de Jesús comen el pan sin lavarse las manos; pero su preocupación no es una cuestión de higiene, es un **asunto de carácter religioso**. La pureza, un concepto que entre nosotros se refiere casi exclusivamente al comportamiento sexual, abarcaba toda la vida religiosa de los judíos, en especial la de los fariseos.

Los discípulos de Jesús ya se habían liberado de la esclavitud de las leyes y de las tradiciones religiosas (Mc 2, 18. 23-24) y tampoco respetan éstas. Los fariseos, reforzados por la presencia de los letrados de Jerusalén, vuelven a atacar dispuestos a no perder ninguna ocasión para desprestigiar a Jesús. Pero, una vez más, **Jesús va a descubrir el verdadero rostro de estos hombres piadosos**.

6-8 *Él les contestó: «Hipócritas, Isaías profetizó muy bien acerca de vosotros, según está escrito: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. En vano me rinden culto enseñando doctrinas que son preceptos humanos. Dejáis el mandamiento de Dios y os aferráis a la tradición de los hombres».*

El término griego "hypokrites" describe al actor que oculta su rostro con una máscara. El efecto conseguido era el halago del público. **Según Jesús los fariseos son hipócritas**, máscaras destinadas a la

interpretación con el fin de recibir el parabién de su público. **No son lo que parecen**.

Los profetas habían denunciado muchas veces **el uso de la religión para tranquilizar la conciencia**: rezar mucho mientras se practicaba la injusticia. Jesús escoge uno de esos párrafos de los profetas para ponerlo ante ellos como juicio definitivo de su manera de entender las relaciones con Dios. (Is 29,13)

Los textos citados anteriormente son más duros y expresan con más claridad la necesidad de que **el culto a Dios se cimente en la práctica de la justicia y la solida-ridad**.

Más adelante, en unos versículos (9-13) que la liturgia de hoy no recoge, **Jesús va a mostrar con un ejemplo** que estas tradiciones invalidan los mandamientos de Dios y, además, perjudican a la mayoría de los hombres, aunque benefician a unos pocos, precisamente a los que las defienden. En los diez mandamientos de **Moisés se mandaba cuidar de los padres**, de modo que, en su ancianidad, no pasaran necesidades. (Ex 20,12). **No hay nada tan humano como ese mandamiento divino**.

Pues bien: según una de esas tradiciones, si uno calculaba el dinero que podía costarle atender a sus padres y ofrecía esa cantidad como **limosna para el templo**, ya no tenía obligación de cumplir el precepto.

El movimiento fariseo era una realidad peligrosa para los cristianos en tiempo de Marcos. Pero los así descritos, nos afirma Schökel, **siguen siendo, también hoy, un tipo que puede afectar a cualquier persona sinceramente religiosa**.

14-15. 20-23 *Llamó de nuevo a la gente y les dijo: «Oídme todos y entended bien: Nada que entra de fuera puede manchar al hombre; lo que sale de dentro es lo que puede manchar al hombre. Porque del corazón del hombre proceden los malos pensamientos, las fornicaciones, robos, homicidios, adulterios, avaricia, maldad, engaño, desenfreno, envidia, blasfemia, soberbia y estupidez. Todas esas cosas malas salen de dentro y hacen impuro al hombre».*

Jesús se dirige después a toda la multitud y vuelve a la cuestión de la pureza para decir que ésta no está en las cosas ni en las acciones en sí mismas, **sino en el corazón del hombre**.

Nada de lo que hay en la creación es impuro. Es la buena o la mala intención del hombre, al hacer uso de las cosas, lo que hace que algo sea agradable (puro) o desagradable (impuro) a Dios.

Después, **al completar la explicación para sus discípulos**, que tampoco parecían muy capaces de entender, pone como ejemplo algunas de las acciones que son desagradables a Dios; en todas ellas hay un denominador común: **son acciones que hacen daño a la vida, a la dignidad o a los derechos del hombre/mujer**.

3. PREGUNTAS...

1. LA TRADICION DE LOS MAYORES

Entre nosotros también se invoca demasiado la autoridad de la tradición y se olvida el **valor del corazón**; nos preocupa mucho hacer lo que siempre se ha hecho, sin pararnos a averiguar si eso es lo que conviene al hombre/ mujer. Y nos privamos de demasiadas cosas porque las tradiciones exigen que nos privemos de ellas. Las tradiciones, repitámoslo, pueden tener valor, pero no pueden ser la norma; **la norma es el querer hacer, de corazón, lo que Dios quiere, y lo que Dios quiere es el bien del hombre.**

“Y después viene el **orgullo del observante de las tradiciones**: que aborrece a los que no la cumplen y crea a su alrededor una imagen de un Dios contable y exigente, nos amplía **Juan Mateos**. Y no comprende que Dios quiere a todos y a cada uno, según lo que es y donde está, y que no depende su amor de ninguna de las observancias. Y además esta observancia lleva inexorablemente a la idea del **mérito**.

Yo tengo mucho **mérito** porque yo hago lo que tengo que hacer. **Y el mérito supone que Dios me debe cosas**. Yo compro el amor de Dios con mi observancia. Esto es fatal, es el gran vicio fariseo.

Este espíritu puede entrar en nuestra espiritualidad si nosotros nos dedicamos a ser observantes de normas. No es eso. **El único criterio** de buenos y malos **es amar o no amar**. El único. Y eso Dios lo ve. **Y la calidad del amor de cada uno solo Dios la conoce**. No tenemos que juzgar a nadie, y bien que lo hacemos.

El **mérito** nos ha atormentado tanto en nuestra vida... Si tenemos dentro el Espíritu de Dios, todo lo que hagamos es colaboración de Dios y nosotros. El Espíritu es la presencia divina en nosotros. **Todo lo que hagamos no es nuestro solo es también de El**. Es una colaboración inseparable. Es ya imposible de distinguir cuanto es mío y cuanto es de Dios. ¿Que vamos a presentarle? Nada, porque lo que hacemos es nuestro y suyo. Es colaboración, y entre colaboradores se acabó el mérito.

Esa mentalidad tan deformada que existía en el pueblo judío y que desgraciadamente pasó en gran parte a nuestra Iglesia. Tenemos una enorme libertad, se acabó la norma externa. Somos libres de toda esa norma. **Nuestro principio está dentro y es el Espíritu que está dentro, ese que es amor y vida y es el que inspira nuestra conducta para comunicar amor y vida**. Y esa conducta es nuestra y del Espíritu que tenemos, que ya es parte de nosotros. Dios no sustituye el hombre en su actividad. Nunca va a solucionar el problema el solo. El nos potencia siempre para que **nosotros seamos capaces de solucionar los problemas nuestros y de la humanidad**. Esta es la nueva realidad”.

(Cf. Juan Mateos. Libertad y ley. Conferencia)

2. JESUS TAMBIEN NOS DENUNCIA

Manipulamos la Palabra de Dios Las tradiciones son interpretaciones de los mandamientos de Dios a modo humano. Es lo que Jesús denuncia: anuláis el mandamiento de Dios para conservar vuestra tradición. Escogen la Escritura y dan una interpretación que la invalida.

También entre nosotros con bastante frecuencia **se ha utilizado la Palabra para justificar** ciertas posiciones teológicas, doctrinales, de un grupo. **Es como decir: fijaros si tengo razón que hasta Dios me la da**. Y se citan tres textos para avalar lo que estoy diciendo. **Eso es una manipulación de la Palabra**. No se pueden avalar con textos mis planteamientos, ni buscar los textos que le vienen bien a mis ideas. Ante la PdD solo cabe **una actitud de escucha** sin ningún tipo de presupuesto.

- *Así, sencillamente, ¿qué me dice este evangelio? ¿Que he descubierto de nuevo? ¿En qué tengo que cambiar?*

3. LAVADO INTEGRAL.

La suciedad no consiste en no lavarse las manos, sino en hacer daño a los demás, en olvidarse de sus necesidades, en carecer de sensibilidad, en creerse "limpio". El pueblo sencillo se ve enredado en tantas normas y preceptos de poca monta, que lo separa de lo esencial. Son normas propias de cristianos arrogantes, sin compasión, que tienen las manos limpias, **porque no tienen manos, ni echan una mano**, como decía Péguy.

Muchos **testigos y seguidores** del Señor, que conocemos, no se lavan las manos ante los problemas de su alrededor sino que se las manchan en la acción directa y comprometida. **Así tienen un corazón de oro, que es lo que importa**.

Hoy lo importante es la apariencia, la máscara (hipócrita). Bien bello el escaparate y descuidada la trastienda. La sociedad está montada sobre **el poder** que crea dependencia, **el dinero** que esclaviza, **la superficialidad** que encandila, pero hemos **olvidado el interior**. Los pecados colectivos, el deterioro moral de nuestra sociedad, el mal encarnado en tantas estructuras e instituciones, la injusticia presente en el funcionamiento de la vida social, se deben concretamente a factores diversos, pero tienen, en definitiva, **una fuente y un origen último: el corazón de las personas**.

Los cambios que soñamos, en cualquier aspecto de la vida (familiar, vecinal, laboral, comunitario) se quedan vacíos e inertes **si no cambiamos el corazón**. Y su latido nos lo marca el evangelio.

- *¿Pueden cambiar las cosas si cada cual no cambia por dentro? ¿Lo creo de veras?*

Juan García Muñoz (jngarcia@gmail.com)
Parroquia San Pablo. HUELVA. ESPAÑA
<http://www.escuchadelapalabra.com/>